

CRONICA

EL MUNDO

Domingo 18 de agosto de 2002 – Número 357

11-S | LA CIUDAD MÁS CALIENTE

Orgía en Nueva York

Tras el 11-S, la gran manzana ha caído en la tentación del sexo. El divertimento se llama «BDSM», e incluye dominación, esclavitud y masoquismo. Crónica entra en una de las fiestas más eróticas

TANYA CORRIN ANNA MOORE. Nueva York

Es media noche del sábado en la ciudad de Nueva York; 30 parejas y un puñado de solteras se reúnen, algo azorados, en un ático de la periferia del distrito Garment llevando como únicas prendas una túnica de seda transparente y lencería cara. Los invitados tienen más de 40 años, son personas atractivas y de puestos influyentes, incluyendo una actriz de una famosa serie televisiva, dos abogados, un médico, un guionista, una modelo y un jugador profesional de black-jack. En ropa interior todos son iguales. Estamos en La fiesta de Calígula, una orgía con invitación exclusiva.

«¿Puedo darte un masaje en el brazo?», propone un casado con ropa interior de Calvin Klein a una morena delgada y solitaria. Su esposa, una rubia menuda, se encuentra a su lado degustando una copa de merlot y sonriendo con cierta frialdad. «Pues De acuerdo», responde la morena tras una rápida mirada a la mujer. El marido se acerca y le acaricia el brazo por encima del codo. «Me resulta extraño», exclama la chica morena y mira algo nerviosa a la otra: «¿No te sientes incómoda?». «Mi marido y yo ya hemos discutido el tema y no pasa nada», dice la rubia, algo insegura.

Fiestas como la de Calígula, ofrecidas por Palagia, la anfitriona de 31 años apodada la reina del libertinaje refinado en esta ciudad, forman parte de una tendencia que va en aumento. Los neoyorquinos están descubriendo su faceta aventurera, juguetona y exhibicionista. Los jóvenes profesionales investigan ahora la versión moderada de lo que han dado en llamar BDSM (que abarca las ideas de dominación, esclavitud, sumisión y masoquismo), desean participar en tríos y cuartetos en la red, y disfrutan la noche en locales de varias plantas donde se regalan condones y lubricantes de sabores y se hacen turnos en la sala de los azotes.

¿Cuál es la razón de tanto sexo? Muchos neoyorquinos aún le llaman el «sexo del terror», un término acuñado por la revista en Internet Salon.com. Diez días después de los ataques terroristas, su sitio web publicó un artículo que describía el fenómeno: parejas que habían estado separadas el día de los ataques contaban cómo pasaron en la cama los días siguientes. Un homosexual que llegó tarde a trabajar al World Trade Centre y contempló la tragedia desde el puente de Brooklyn explicaba que pasó toda la noche en Internet en busca de sexo, y cuando logró encontrar a alguien lo practicaron como si fuera la última vez. El 11-S había dado un giro a las prioridades, según aclaraba el artículo. De pronto, el trabajo y las posesiones ya no resultaban tan importantes. Sólo las relaciones eran algo real. La noticia finalizaba anticipando un disparo de la natalidad nueve meses más tarde.

Aunque las cifras oficiales no saldrán hasta el próximo año, la teoría del aumento de la natalidad parece haber planeado sobre numerosos hospitales neoyorquinos, en los cuales los nacimientos han aumentado entre un 15 y un 25% este verano.

El sexo duro, ocasional y no procreador constituía la respuesta alternativa, según explica Amy Sohn, columnista sobre sexo de la revista New York y autora de Run Catch Kiss. «El 11-S provocó la mezcla de dos elementos: hizo que muchas personas estabilizaran sus relaciones, tuvieran niños o buscaran una pareja. Se produjo una oleada de citas directas a través de Internet y numerosas parejas que habían roto volvieron a unirse. Por otro lado, endureció a otros y les hizo buscar sexo fácil con cualquiera con quien se les presentase la ocasión. Se generó un sentimiento de diversión continua, porque uno no sabía cuándo podía acabar la fiesta».

CRECEN LAS VENTAS ERÓTICAS

Mientras que la mayor parte de la economía se estancaba, la industria del sexo florecía. New York's Spectator, una revista sobre espectáculos y noticias de sexo, informó del aumento de anunciantes en su publicación. En Babeland, una luminosa sex-shop de la zona Este de la ciudad, las ventas de artículos se dispararon en los meses siguientes al atentado en un 30%. Adam Glickman, presidente y fundador de Condomanía, un sitio web sobre artículos y novedades sexuales, con varias tiendas como la de la manzana Oeste de Manhattan, explica que las ventas aumentaron un tercio a pesar del descenso del turismo.

Pepper Schwartz, catedrático de Sociología en la Universidad de Washington y autor de Todo lo que sabes sobre amor y sexo está equivocado, afirma que el sexo es una respuesta natural y fisiológica ante las catástrofes. «Existe una teoría que nadie menciona: en los momentos de confusión y terror, las personas buscan la constatación de la vida, y para ello no existe mejor antídoto contra la muerte que el sexo. Es una forma de gritar "aún estoy vivo y no estoy solo"».

Los precedentes históricos sobre el tema son interminables, según expone Gail Wyatt, investigador y terapeuta sexual, además de catedrático en Psiquiatría en la Universidad de UCLA: «Ya ocurrió entre las mujeres británicas y los soldados

estadounidenses durante la Segunda Guerra Mundial, y lo mismo sucedió en Corea y Vietnam».

«Me encontraba haciendo una investigación sobre la propensión de las mujeres a hacer el amor en Los Ángeles en 1992 cuando sucedió el terremoto. Muchas me contaron que, después de aquel desastre, se enfrascaron en una actividad sexual continua como forma de conexión emocional y física... Este tipo de sexo es espontáneo, imprudente y generalmente desprotegido», explica.

Pero la pregunta es: ¿continúa siendo ésta la razón de tanto sexo 10 meses después? En La fiesta de Calígula, la libido no muestra el menor signo de disminución. La anfitriona, Palagia, una curvilínea neoyorquina de ascendencia 100% griega, comenzó a enviar invitaciones privadas para sus orgías hace dos años, pero confirma que el negocio se encuentra en el mejor de los momentos.

Su primera fiesta erótica, titulada La caída del jardín del Edén, fue pensada como un acontecimiento de excepción para financiarse su carrera como directora de cine. Los invitados pagaban 60 dólares. «A su llegada, todos debían quedarse en ropa interior y colocarse unas hojas. La verdad es que esas hojas no duraron mucho puestas», recuerda.

La fiesta de Calígula ya es la número 25 (ahora la prepara cada mes) y las parejas pagan 150 dólares. La mitad de los invitados de esta noche son novatos. En el salón, repleto de colchones y almohadones, un joven doctor y su pareja, una diseñadora gráfica morena aún más joven que él, se quitan la ropa bajo la atenta mirada de otros invitados, y entregan las prendas a un chico que las recoge (la lencería es el único código obligatorio en las fiestas de Palagia). La anfitriona se desliza por la sala, exquisita, con un pecho asomando de la túnica de seda roja y con un cuenco repleto de preservativos. Saluda a los invitados con un «vaya, ¡qué atractivo!».

Desenrolla una alfombra roja, incita a la gente a entremezclarse más y alrededor de la una de la madrugada anuncia que es el momento de «romper el hielo». Un grupo de ayudantes masculinos, algunos disfrazados de soldados romanos, acorralan al personal en la habitación del fondo, donde encuentran una enorme cama con dosel y sábanas de cuero, un banco de cuero negro con esposas amarradas, que Palagia llama «el caballo de Calígula», y un montón de pequeños juguetes eróticos. Mientras esperan, varios invitados confiesan sus expectativas sobre la velada con la condición de que no se desvelen sus nombres (el único verdadero es el de Palagia).

«Mi eterna fantasía ha sido la del sándwich», explica Julia, la diseñadora gráfica. Ella y la pareja que ha elegido están cerca de la cama de sábanas de cuero. Ésta es su tercera cita. ¿El sándwich? «Quiero ser el relleno del sándwich, estar en medio», explica con entusiasmo, «pero necesito a dos hombres». El médico nos cuenta que siente simple curiosidad. Pretende conocer a una pareja que, pese a estar enamorada, desee acostarse con alguien más. «Quiero enamorarme, pero no creo

INTERCAMBIOS

Jim y Alexis, dos años casados, esperan encontrar una pareja dispuesta a realizar un intercambio. Ella es fotógrafa y parece una sirena con los rubios rizos cayendo en cascada sobre la lencería de lentejuelas azules. Él es jugador profesional de black-jack y sólo lleva unos boxers de seda negra con César Las Vegas impreso en la goma de la cintura. «Hace unos meses casi llegamos a acostarnos con una pareja en Las Vegas», explica Jim. «Había mucha electricidad entre los cuatro, pero no llegó a ocurrir nada». Hace una pausa y dedica a su esposa una mirada de adoración, tras lo cual añade: «Si tuviésemos más suerte aquí... Nos invitaron porque envié una foto de mi esposa».

«Siempre elijo a gente atractiva», explica más tarde Palagia. «Me decanto por aquellos que desean entender su sexualidad y experimentar algo distinto con sus compañeros. Recibo cartas de hombres que no creo que hayan hablado siquiera de mis fiestas con sus parejas. Antes de que vengan, quiero saber qué es lo que desean hacer con su pareja y cómo quieren sentirse al final de la noche».

Durante los años previos a los ataques terroristas, el alcalde conservador Rudolph Giuliani invirtió grandes sumas en limpiar la ciudad. «Tenía una postura opuesta y muy definida sobre los clubes de entretenimiento y prácticas sexuales para adultos. Se oponía con firmeza al sexo comercial», explica Grady Turner, conservador ejecutivo del Museo del Sexo en Nueva York.

Después del 11-S las reglas cotidianas quedaron en el aire, mientras que los sentimientos y las prioridades cambiaron de forma espectacular. «Las preocupaciones principales se centraban en la seguridad y el ántrax. La policía y la Administración tenían cosas más importantes que hacer que tomar medidas drásticas contra los locales de strip-tease», explica Turner.

En enero, Michael Bloomberg, soltero y más liberal, sustituyó a Giuliani como alcalde. En pocas semanas aparecieron chicas que lucían modelos de Prada bailando sobre las mesas en Bungalow 8, un lujoso salón de Chelsea, y las strippers de la sala Babydoll, en TriBeCa, se decidían a quitarse por fin los diminutos biquinis tras años de continua provocación. Tanto las coreografías de topless de las salas para adultos como las de bailarinas completamente vestidas en locales como Bungalow 8, sin licencia de cabaré, son teóricamente ilegales; no obstante, la nueva Administración hace la vista gorda.

La Orgía Imperial es prueba de tal laxitud. El evento en cuestión tiene lugar cada noche del miércoles en un club de varias plantas llamado Webster Hall, y atrae a una combinación de fetichistas, jóvenes profesionales y juerguistas. Una de las primeras atracciones de la noche es la venta de objetos sexuales, donde todo tipo de mujeres enfundadas en látex compran vibradores Pocket Rocket y se llenan el bolso de preservativos. Una disco cercana, la Eulenspiegel Society, el club de BDSM más antiguo de Nueva York, regala folletos con la prescripción para una clase introductoria al «BDSM moderado».

En cola para entrar a la sala de los azotes se encuentran Melanie y Chris, vestidos de negro de la cabeza a los pies. Melanie es directora de una conocida galería de arte del Soho, y Chris es artista. ¿Quién azota a quién? «¡Yo azoto a Chris, por supuesto!», afirma Melanie, que se sonroja levemente mientras a Chris se le escapa una risita.

Hacia las dos de la madrugada, la sala de los retozos es la más popular. A un lado de la pista de baile, en una zona con poca iluminación y almohadones esparcidos por el suelo, las mujeres, vestidas sólo con lencería y máscaras, retozan a horcajadas sobre sus compañeros, a veces completos desconocidos (y de ambos sexos), en un intercambio apasionado de roces pélvicos y cuerpos convulsos.

Un hombre con el pelo engominado, pantalones de pinzas, camisa blanca desabotonada y sin corbata, acaricia a su novia, que lleva una máscara de plumas moradas, por encima de un seductor body blanco de la marca La Perla. Se dispara el flash de una cámara y ella comprueba que lleva su antifaz bien colocado. Finalmente suelta un largo gemido y se hunde en los almohadones. Supongo que es una actriz pagada, pero después me entero de que es directora de recursos humanos en una empresa de servicios financieros. Él es analista de investigación.

CON PRESERVATIVO

En opinión de Turner, otra de las razones para espectáculos como la Orgía Imperial es la disminución del miedo a la transmisión de enfermedades sexuales. «El hedonismo experimentó un auge enorme y organizado cuando el Plato's Retreat (o el refugio de Platón) abrió sus puertas en 1975», explica. «Pero en los años 80 y 90 el contagio del sida hizo mella en el local. Para bien o para mal, ese fantasma ha disminuido en Nueva York, sobre todo con el desarrollo de medicaciones aparentemente efectivas».

Amy Sohn coincide en este punto: «Existe la creencia general de que después de toda la paranoia desatada, si un hombre no se inyecta drogas es poco probable que contraiga el sida, lo que hace que las mujeres también se sientan más seguras. Muchos de mis amigos utilizan el preservativo, en el mejor de los casos, de manera intermitente».

Volviendo a la fiesta de Calígula, dos actores llamados Calígula y Drucila ponen en escena un encuentro sexual real y de coreografía estudiada. De vez en cuando levantan la vista al círculo de hermosos cuerpos ligeramente envueltos en lencería y gasas. Cuando termina el espectáculo intercambian elogios: «un sujetador precioso», «vaya culito», «un pecho delicioso». Sube la temperatura.

Todo se desata con rapidez y resulta difícil seguir el orden de los acontecimientos. En la sala principal Jim y Alexis intercambian parejas en el suelo a dos metros de distancia y sobre colchones cubiertos de pieles. En la pequeña habitación del centro, un harén de cuatro enreda sus cuerpos reclinados sobre un banco doble, besándose, tocándose y comiendo uvas. En la sala del fondo, un grupo de siete juguetea sobre una enorme cama de cuero.

A las 3:30 de la madrugada una mujer se envuelve con un vestido mientras su marido se pone los pantalones torpemente; antes de irse dan las gracias a Palagia por brindarles esa oportunidad de acercamiento mutuo. Sam, que acaba de terminar su cita sándwich, se acerca a ellos e intercambia unas palabras. Después nos cuenta, entre exaltado y avergonzado: «Se casaron hace nueve años. Son personas inteligentes y con los pies en el suelo. Se atraen de forma electrizante, creo que están enamorados, y me han dicho que piensan volver».

La mitad del negocio de Palagia se basa en los clientes que repiten. Piensa ofrecer pronto estos servicios en Miami y Los Ángeles. Para el verano de 2003 estudia dirigirse a París y Londres. Ya tiene pensado el tema de sus fiestas para esta última ciudad: «Jueces. Sí, me encantaría verles con las pelucas grises... ¡Sería genial! Jueces y concubinas».

Hacia las 3:45, la mayoría de los invitados ya se ha despedido cálidamente. Palagia bosteza y se retira a la habitación del fondo con la grata sorpresa de encontrar a los siete anteriores aún en acción. «¡Estoy agotada!», afirma. Pero una mano la agarra y tira de ella hacia la cama.

¿PRÁCTICAS DESTRUCTIVAS?

Hay especialistas que han querido mirar la nueva oleada sexual desde la distancia más corta. Judy Kuriansky, psicóloga clínica, terapeuta sexual y autora de La guía del completo idiota para una relación sana, ha acudido a varias fiestas sexuales y atribuye su popularidad a la tendencia de atrasar la maternidad. A ella le preocupan los experimentos de las parejas sin hijos que se deciden a «jugar». «Apoyo a las personas con fantasías que desean explotar su sexualidad, pero la realidad es que la composición de esas escenas puede resultar peligrosa desde la psicología... Ver a tu compañero acostarse con otra persona puede destruir una relación que se creía especial». Otro dato a tener en cuenta son los informes sobre transmisión de enfermedades sexuales. Los casos de sífilis se han duplicado en los dos últimos años, aunque a escala nacional hayan disminuido. «Es la prueba de que los jóvenes practican más el sexo oral y anal sin preservativo», dice Adrienne Verrilli, de la oficina de educación sexual de EEUU. Entretanto, organizaciones sanitarias se quejan de que desde el 11-S los fondos para campañas sobre el sida han sido desviados hacia otras causas. El presupuesto de Nueva York para este asunto, de cinco millones de dólares, se redujo a 2,5 millones a finales de año.

Pero los informados saben disfrutar de esta sexualidad libre sin riesgos. Amy Sohn, columnista sexual, ha tomado parte en dos orgías: «Cuando intentaba entrar en la sala VIP de una discoteca, un chico me bloqueó el camino de manera muy insinuante. Cruzamos unas miradas provocadoras y comenzamos a besarnos... Experimenté una especie de sentimiento de amor libre verdaderamente excepcional».